

LA POLITICA EXTERIOR DE LOS ESTADOS UNIDOS
INFLUENCIA DE LA VICTORIA ELECTORAL DEMOCRATA

Normalmente, la política exterior de un país como los Estados Unidos o Inglaterra no está a merced de lo que salga de unas elecciones; ni siquiera en casos bastante extremos, como se ha podido ver una y otra vez. En años tan recientes como los de la postguerra actual cambió de signo varias veces la dirección política de Inglaterra; pero ha sido en general pequeño, y a menudo nada más que en casos de detalle y de énfasis, el cambio en la política exterior o las consecuencias que sobre ella ha tenido el cambio en la dirección política de los destinos nacionales. Casi siempre, los cambios que se han producido—y los ha habido de mucha consideración—han respondido a otros impulsos y necesidades. Esta sensación de permanencia o de continuidad suele ser más fuerte y característica en las potencias que se encuentran siguiendo todavía un curso ascendente, como es el caso de los Estados Unidos. Es sobradamente sabido que en los Estados Unidos los impulsos expansionistas han sido tradicionalmente asociados con el partido republicano, el que se podría llamar conservador, dominado por las altas finanzas y los grandes intereses industriales y comerciales, con tendencias irresistibles al ensanchamiento del radio de acción de sus actividades; pero, muy a menudo, las fases de la actividad expansiva más vigorosa y significativa han coincidido con administraciones demócratas, y si ha habido presidentes republicanos que, como Coolidge, enviaron tropas norteamericanas al exterior, en misiones punitivas, también los ha habido demócratas, como Wilson. Fueron demócratas los presidentes que movilizaron a los Estados Unidos para la intervención en los dos mayores conflictos armados de la Historia, y fué demócrata el presidente que dió forma e hizo publicar la declaración que pasó a la Historia como la Doctrina de Monroe, como fué demócrata el presidente que siglo y cuarto después sacó de los Estados Unidos dinero y hombres—estos para aconsejar, no para combatir, en esta ocasión—destinados a contener la política expansiva de una potencia rival, y, con ello, consolidar posiciones norteamericanas a miles de kilómetros de sus fronteras nacionales. Todo esto y muchas cosas más deberían tenerse en cuenta al entrar un poco a fondo en el significado de unas elecciones, cuya

importancia debiera ser menor todavía por no haber sido presidenciales, por no haber sido de ese tipo conocido como de *mid-term*, a mitad de camino en los mandatos presidenciales, de cuatro años, cuando lo que generalmente priva son las cuestiones nacionales y, más todavía, las cuestiones regionales o sencillamente locales. A menudo priva también la personalidad de los candidatos.

Esas elecciones del otoño de 1958, de las que ha salido un Congreso a punto de iniciar sus tareas, que comienzan casi con el año de 1959, no han sido una excepción, desde luego. Y, a pesar de todo, ofrecen la peculiar y casi paradójica circunstancia de estar destinadas a pesar considerablemente en la marcha de la política exterior norteamericana.

Han sido, empecemos por ello, unas elecciones extraordinarias; quizá más porque nadie les daba una importancia excepcional. De ellas ha salido algo más que un Congreso de abrumadora mayoría—una de las más decisivamente abrumadoras en toda la historia de los Estados Unidos, algo que no se conocía desde los días de Franklin D. Roosevelt y su *New Deal*—demócrata. Ha salido el Congreso de tendencias más definidas, concretamente liberales que ha conocido la nación. Y esta tendencia, tan fuerte, está destinada a pesar mucho en la vida política de los Estados Unidos en los próximos años y, probablemente, a influir seriamente en su política exterior.

De esas elecciones cuyas consecuencias empezarán a irse sintiendo de ahora—tres meses después de celebrarse—en adelante, ha salido una situación que estadísticamente apenas representa otra cosa que la afirmación y acentuación de lo que ya existía, de lo que había empezado cuatro años antes. cuando Dwight D. Eisenhower, Presidente de los Estados Unidos, se encontró, a la mitad, nada más, de su primer mandato, con que la opinión pública retiraba a su partido, el republicano, la confianza que había depositado en él, personalmente, de una manera tan aplastante, en las elecciones presidenciales de 1952. Antes de estas elecciones ya tenía el partido demócrata mayoría en el Congreso, tanto en el Senado, como en la Cámara de Representantes y había también una mayoría de gobernantes en los 48 Estados—ahora son 49, con la entrada de Alaska en la Unión—por lo que difícilmente se podría hablar de cambio en estos momentos. Tan sólo de la reafirmación de una tendencia que acabó en una gran mayoría demócrata en tres instituciones importantes de la vida norteamericana:

| | | <u>Demócratas</u> | <u>Republicanos</u> |
|----------------------|------------------------------|-------------------|---------------------|
| Congreso federal ... | Senado | 64 | 34 |
| | Cámara de Representantes ... | 283 | 153 |
| 49 Estados | Gobernadores | 35 | 14 |

Influencia creciente.

Mucho más significativo que esa forma decidida en que el elector norteamericano se inclinó hacia el lado demócrata, es el resultado catastrófico de las pasadas elecciones para el ala conservadora, hasta ahora la dominante, del partido republicano. Casi todo lo que queda en el Senado como testimonio o recuerdo de lo que ha sido a lo largo de significativos períodos en la vida de los Estados Unidos, el partido de Hamilton, Lincoln y Hoover es consecuencia de la peculiar ordenación electoral de un país tan preocupado por conservar la pureza democrática de sus instituciones como de poner freno a cualquier posible desmán de una masa electoral circunstancialmente apasionada. El Senado se elige, como todo el mundo sabe, por terceras partes, cada dos años. Más de la mitad de los candidatos a la reelección en las pasadas elecciones—algunos no se presentaron, por motivos de salud, edad avanzada o por tener sencillamente el convencimiento de que serían derrotados—naufugaron, y sólo uno, en realidad, de los republicanos realmente conservadores, Barry Goldwater, de Arizona, se salvó. Todos los demás han caído, hasta John Bricker, de Ohio, una de las personalidades de mayor relieve del partido republicano, desde hace años, cuya enorme influencia estuvo a punto, en 1956, de sacar adelante una enmienda constitucional restringiendo mucho las atribuciones presidenciales para la negociación de tratados y contra la cual luchó arduosamente el Presidente Eisenhower, ayudado más bien por la oposición que por su propio partido, y ahora eliminado fácilmente de la vida política nacional.

Esto es lo que ha dado una significación especial a esas elecciones y lo que está llamado a ejercer una influencia considerable sobre la política exterior de la nación, la desaparición por vez primera del conservadurismo como influencia claramente dominante del partido republicano, dejándole todavía un cierto refugio—otra paradoja más del panorama político de los Estados Unidos—en el partido demócrata, generalmente identificado como el partido de más acusadas tendencias liberales y progresistas y, en ocasiones, incluso obreristas, de la nación. Por los Estados del Sur, monopolizados desde hace casi un siglo por el partido demócrata, está hoy la única posibilidad de que el conservadurismo retenga algunas posiciones influyentes en la vida norteamericana. Una situación como esta no se dió, de manera tan aguda, ni en los días de Roosevelt, que para muchos parecían los días de la revolución social no menos que política.

La influencia de la Vieja Guardia—*Old Guard*—republicana, absoluta-

mente dominante hasta ahora en la dirección del partido, ya se encontrase en el poder o en la oposición, ha sufrido un golpe tan rudo que de los catorce senadores de la Comisión de Política Republicana, casi todos ellos acusadamente conservadores, «reaccionarios» según la caracterización popular más extendida, *stalwarts* o «incondicionales» según la propia estimación, seis han desaparecido en ese naufragio sin precedentes. Algunos de sus puestos habrán de ser llenados por los representantes de un republicanismo más moderado, más moderno, más liberal y, en definitiva, difícil de distinguir, no ya de los demócratas conservadores, muy parecidos y muy solidarizados con los *stalwarts* republicanos, sino de los demócratas liberales. La mayoría de los pocos republicanos que triunfaron en esas elecciones se inclinan hacia el liberalismo en forma tal, que es general la impresión de que el liberalismo ha ganado más con la elección del republicano Keating en Nueva York que si la victoria hubiese sido para el demócrata Hogan. Y mucha gente está convencida de que el liberalismo en forma abstracta no ha perdido nada con la derrota del multimillonario Harriman, candidato a continuar durante cuatro años al frente del Estado de Nueva York, abrumado por la popularidad del más multimillonario todavía, Rockefeller. Harriman, demócrata de nueva hornada, ha sido colaborador de Roosevelt y de Truman; Rockefeller, «republicano moderno», de los de Eisenhower, ha sido colaborador de los últimos tres presidentes de la nación y todos han mostrado satisfacción con su trabajo, su entusiasmo y una facilidad asombrosa para captar el significado humano de los problemas y las circunstancias.

Donde ha de ser más interesante—y posiblemente mayor también—la nueva influencia que viene pugnando por afirmarse, desde hace algún tiempo, es en la dirección de la política exterior norteamericana. Después del Departamento de Estado, sobre todo cuando tiene al frente una personalidad tan acusada y vigorosa como John Foster Dulles, está, en orden de rigurosa precedencia, la Comisión de Asuntos Exteriores del Senado.

Todas las comisiones importantes del Congreso se cubren generalmente por orden de antigüedad, un sistema que resulta decisivamente favorable para las tendencias conservadoras. La composición de la muy importante Comisión de Asuntos Exteriores del Senado no era una excepción. En realidad, por ser una de las más importantes, influyentes y codiciadas, en ella se extremaba ese requisito fundamental. Pero se venía «liberalizando» gradualmente, consecuencia del carácter especial de algunas de sus grandes figuras en el pasado—el senador Vandenberg, republicano, o el senador George, demócrata, por ejemplo—y de la forma en que iba ganando terreno el sector liberal y norteño del partido demócrata, en una elección tras otra. Por el lado

demócrata, esta comisión ha venido a contar con figuras como Hubert H. Humphrey, de Minnesota; J. William Fulbright, de Arkansas; John F. Kennedy, de Massachusetts; Mike Mansfield, de Montana, y Wayne Morse, de Oregon.

Su influencia y su peso han ido en aumento, sin duda; pero mientras el Senado estuviese dividido, casi mitad por mitad, entre republicanos y demócratas y mientras el partido republicano se encontrase inconfundiblemente dominado en el Congreso por su ala conservadora—apoyada con regularidad por el conservadurismo del partido demócrata con mucha solera en los Estados Unidos, hasta el punto de que conservadores, aun cuando moderados, podrían ser considerados, el senador Lyndon B. Johnson, jefe de la mayoría demócrata, o el representante, Samuel Rayburn, presidente de la Cámara Baja—se podría resistir, como venía haciendo Mr. Dulles, una intervención (a veces se llamaba «intromisión») excesiva de esta comisión en las decisiones y actuaciones del Departamento de Estado. Pero esta situación ha sufrido un cambio radical con las últimas elecciones.

Mientras la representación demócrata en la Comisión de Asuntos Exteriores del Senado era de tendencias francamente liberales, con cierta inclinación a contemplar con recelo la labor de Mr. Dulles, la republicana (en los dos últimos años había ocho demócratas y siete republicanos en esta comisión) era francamente conservadora; estaba formada, como declaró el senador George D. Aiken, de Vermont, considerado como el portavoz de los «republicanos liberales», por «elementos muy conservadores» en su mitad republicana, por figuras como Alexander Wiley, de Wisconsin; Bourke B. Hickenlooper, de Iowa; Homer E. Capehart, de Indiana; William Langer, de Dakota del Norte. Sólo un republicano moderno de los que se podrían considerar como incondicionales del Presidente, a quien se había tenido como el jefe más caracterizado de esa tendencia, en oposición a la que encabezaba el senador Robert A. Taft, en 1952, figuraba en esta comisión, el ya citado Aiken.

Aiken pide ahora que por lo menos los puestos republicanos vacantes en la Comisión de Asuntos Exteriores—los de los senadores Knowland y Smith, que no se presentaron nuevamente en las pasadas elecciones—sean cubiertos por «republicanos modernos», del sector de Eisenhower, sin consideraciones de antigüedad. Si así fuese, se fortalecería mucho la posición de los republicanos liberales, en el Congreso y fuera de él; pero se fortalecería más todavía la tendencia que estaba ya representada por los miembros demócratas de esa comisión, favorables a la introducción de algunas modificaciones esenciales en la política exterior de los Estados Unidos, y, sobre todo, a una fiscalización mucho más estrecha y constante de la labor de la perso-

nalidad que se encuentra al frente de este departamento, Mr. Dulles, en la actualidad. Representaría, en definitiva, el triunfo de las posiciones que vienen defendiendo, hasta ahora con pobres resultados, figuras republicanas como los senadores Clifford P. Case, de Nueva Jersey; John Sherman Cooper, de Kentucky; Jacob K. Javits, de Nueva York; Margaret Chase Smith, de Maine; Thruston B. Morton, de Kentucky, senadores todos ellos que se pueden considerar como la vanguardia de una corriente liberal que se creyó, sin razón, es evidente, que se había apoderado de la dirección del partido en 1952, con la victoria de Eisenhower, desplazando definitivamente a la *Old Guard* contra la que habían luchado inútilmente algunos candidatos republicanos a la presidencia en años pasados, como Thomas Dewey y Mendell Willkie.

Cambio de énfasis.

Mr. Dulles, cuya popularidad no es grande, dentro o fuera de los Estados Unidos, se dió cuenta que la situación había cambiado en el momento mismo en que se conocieron los resultados de aquellas elecciones. Prometió, inmediatamente, mantener en adelante sesiones periódicas de información y consulta con las principales figuras de la oposición, en particular, es claro, con los miembros demócratas de la Comisión de Asuntos Exteriores. Una de las características más llamativas del original sistema de gobierno de los Estados Unidos es esa abundancia de *checks and balances*, de «frenos y contrapesos» que hacen tan difícil el ejercicio del poder y la autoridad en condiciones abusivas. El secretario de Estado, nombrado por el Presidente, quien es directamente responsable de la manera en que, actuando siempre en su nombre, lleva la política exterior del país, está constantemente a merced de la Comisión de Asuntos Exteriores, de la que empieza a depender para conseguir los dineros que necesita y a la cual ha de recurrir necesariamente para la confirmación de los más altos cargos, embajadores, directores generales etc., no menos que para la ratificación de tratados, acuerdos y muchas cosas más. De ella necesita, pues, en una gran variedad de ocasiones y a ella está sujeto por otras razones, como el poder que tiene para citarle, cuando desee información sobre uno o más aspectos de la política exterior, y, más todavía, como sucederá este año, cuando se ponga en práctica el acuerdo de hacer una investigación general de la política exterior norteamericana. Es una decisión que Mr. Dulles y el Presidente quisieran que no se cumpliera. Pero es poco probable que se pueda evitar, incluso después de la actitud humilde con que

mister Dulles reconoció que, en adelante, sería necesario tener muy en cuenta la nueva situación en que se encuentra el Gobierno de la nación, y, muy especialmente, la política exterior de los Estados Unidos. A lo más a que puede aspirar es a que la investigación no sea tan dura ni tan prolongada como esa que se viene haciendo sobre las actividades de los sindicatos y el grado de intromisión en ellas de determinadas personas e influencias. Con una situación como la que se da a menudo, en que la mayoría en el Congreso es del mismo partido que la Administración, y, por consiguiente, el hombre que la representa, el Presidente, no suelen darse dificultades del tipo de las que no han dejado de presentar los demócratas a Dulles y Eisenhower desde hace cuatro años. La mayoría de las dificultades, de existir, se eliminan antes de promoverse un animado debate en el Senado. Pero cuando en el Congreso hay una mayoría demócrata, y la Administración está en manos del partido contrario, suele darse una situación como la que ahora comienza, en la que la colaboración demócrata—y de los liberales republicanos también—es muy necesaria para poder seguir adelante con la política exterior de la nación, pero que a duras penas se conseguirá sin que lleve el acompañamiento de una necesaria representación; es decir, del reconocimiento de la personalidad de los partidos y las tendencias que reclaman una intervención más directa en la formulación de esta política, en lo concerniente a sus rasgos esenciales.

Esto creará, es seguro, situaciones difíciles a Mr. Dulles, personalidad vigorosa, con un criterio muy definido y preciso y muy poco inclinado, en consecuencia, a recibir consejos y sugerencias y mucho menos todavía, imposiciones.

En los primeros meses, sin embargo, la colaboración republicano-demócrata para la continuación de una política exterior pudiera verse estimulada por el cambio de énfasis que se ha producido en estos últimos meses, al decrecer mucho el interés por la situación en el Lejano Oriente y aumentar considerablemente la tensión por Europa, en particular por el resurgimiento de la crisis de Berlín.

Hacia algunos meses que Mr Dulles tropezaba con crecientes dificultades y críticas en la Comisión de Asuntos Exteriores del Senado, por la orientación que se daba a los relaciones de los Estados Unidos con los países del Pacto de Bagdad, por la forma en que se intervino en la crisis libanesa, con el envío de fuerzas norteamericanas de ocupación, no menos por el temor a que se corriese el riesgo de la guerra por las islas costeras de Quemoy y Matsu. Entre algunas personalidades demócratas muy influyentes se había ido formando el convencimiento de que Dulles y Eisenhower, sobre todo el primero, habían concentrado una atención excesiva en la busca de solución

a los problemas que planteaba el comunismo, muchos de los cuales no tenían realmente solución, por estar relacionados con cuestiones sobre las que era poca, si era alguna, la posibilidad de actuación desde el Occidente, mientras que no se buscaba solución alguna, en apariencia, a ciertos problemas vitales que sí la tenían y que dependían muy directamente de los Estados Unidos.

Se había dado, por mucho tiempo y con demasiada decisión, un carácter de cruzada a las relaciones de los Estados Unidos con el resto del mundo, no sólo con los países comunistas; se había impuesto la prohibición mucho más allá del tiempo que más de un amigo y aliado de los Estados Unidos consideró lógico y razonable; se había tenido un especial empeño en sostener el carácter preponderantemente militar de la alianza occidental, de la Organización del Tratado del Atlántico Norte, aun cuando la posición de una buena parte de Europa había pasado por grandes cambios y transformaciones y se encontraba en condiciones muy distintas a las que prevalecían en 1948; se había hecho un hincapié especial en la obtención de bases para proyectiles dirigidos y balísticos frente a una campaña de creciente oposición; se había hecho demostración de poca ductilidad en las negociaciones con países que, como Islandia o Marruecos, mostraron en algunos momentos una resistencia endurecida al mantenimiento continuado en su territorio de bases del Mando Aéreo Estratégico de los Estados Unidos, y se había, sobre todo, mantenido en general una actitud que colocaba a los aliados y amigos de los Estados Unidos en la posición de seguir, no de acompañar, las directrices que trazaba Washington, a menudo sin consultas previas de ninguna clase. Los Estados Unidos habían tardado algún tiempo en comprender bien lo que por el mundo estaba pasando, la forma en que, ya antes de la terminación de la segunda guerra mundial, se dividía con creciente precisión en dos campos dominados por dos potencias colosales, por las dimensiones, el poder y la influencia. Pero cuando lo comprendieron, no sólo aceptaron la nueva realidad tal y como se presentaba, sino que se negaron empeñadamente a aceptar de ella otra descripción o presentación que la que ellos mismos habían preparado. En esa nueva situación, no quedaba sitio para nadie que no estuviese completa o enteramente identificado con una u otra de las posiciones realmente dominantes. Los Estados Unidos no podían comprender que en un mundo así había sitio para otras posiciones que las establecidas o las toleradas por las dos grandes potencias rivales, cada una por su lado y órbita. Los Estados Unidos acabaron adoptando, pues, una actitud de tal rigidez que les dejaba en condiciones desfavorables para moverse con soltura en un mundo donde había algo más, era evidente, que posiciones de irremediable conflic-

to, que actitudes de devastadoras represalias, que situaciones de *agonizing reappraisal*.

Esa actitud inflexible, *self-righteous*, condujo no sólo al surgimiento del neutralismo, sino a la creación de una atmósfera peculiar—y alguna vez hostil—incluso allí donde los Estados Unidos contaban con sus mejores, sus más leales amigos. Se había dado forma definitiva a una política que no aceptaba siquiera la oposición o la crítica dentro del país mismo. Se había llegado al extremo de personalizar la política exterior de la nación, sin darse cuenta de que en ello había riesgos y peligros. Si la persona terminase fracasando, ¿qué sería de la política que había acabado por representar?

Proceso de revisión.

Con una política exterior tan recta—de una rectitud que llegó a tener visos de cruzada religiosa—y tan inflexible, los Estados Unidos tardaron en darse cuenta del deterioro grave y gradual de las relaciones con la América Hispana; de la imposibilidad de mantener indefinidamente las prohibiciones que pesaban sobre las relaciones comerciales entre los mundos libre y cautivo; de la significación de un claro proceso de recuperación, y, por consiguiente, influencia y prestigio de la Europa Occidental; de las conclusiones a que se podía llegar al ver, con cara de asombro o de satisfacción, que la nación más poderosa de la tierra, con un horrendo arsenal de armas nucleares capaces de aniquilar medio mundo, no era capaz de resolver problemas relativamente pequeños y localizados, como era la guerra de Corea o de Indochina y, peor todavía, la alarmante expansión de la influencia comunista por el Oriente Medio. Los Estados Unidos, que a lo largo de la postguerra se habían gastado bastante más de 60.000.000.000 de dólares—sacados de los bolsillos del contribuyente norteamericano, hecho sin precedentes en la historia de los humanos acontecimientos—en ayudar a todo el mundo libre a irse recuperando y restableciendo, advirtieron con indescriptible sorpresa que no había para ellos por el mundo gratitud y consideración, sino hostilidad y repugnancia.

La explicación de todo lo que ha venido sucediendo nos alejaría demasiado de nuestro propósito aquí, un examen superficial de la influencia que en la política exterior norteamericana han de tener las últimas elecciones, pero quizá una de sus causas básicas esté en las condiciones mismas que condujeron a esa increíble derrota electoral del partido republicano hace tres meses. Con esas elecciones se demostró, según el comentario del *Milwaukee Journal*, que «Eisenhower, elegido como un gran dirigente, no había dirigido».

Ahora, en los meses de interregno entre las elecciones y el comienzo de la nueva etapa legislativa, en los primeros días de diciembre, se ha querido ganar todo el terreno que se había perdido en seis años. Mr. Dulles, anunciando que está dispuesto a colaborar, activa y eficazmente, con la Comisión de Asuntos Exteriores del Senado; Mr. Eisenhower proponiendo cosas como la realización de un estudio—uno más entre los muchos que se han venido haciendo—sobre la política exterior norteamericana, la ayuda a otros países y todo, en fin, lo que pueda servir para apreciar en su justa medida un estado de cosas y para trazar normas que resulten provechosas y útiles para el mundo libre. Mr. Eisenhower ha confiado a una comisión de nueve personalidades una «apreciación crítica» de los gastos hechos por los Estados Unidos en el exterior, para ayuda militar y para ayuda económica. La comisión, formada por altos jefes y militares retirados, banqueros, hombres de negocios, abogados, personalidades todas ellas de autoridad y prestigio, deberá presentar sus conclusiones para el 1.º de marzo, con objeto de que sirvan para la preparación y formulación de las recomendaciones que se deberán hacer al Congreso, sobre el carácter y amplitud del programa de ayuda de los Estados Unidos para el año fiscal que empieza el 1.º de julio próximo.

Mr. Eisenhower y, concretamente, Mr. Dulles, parecen haber llegado al convencimiento de que la política de ayuda al exterior no ha sido todo lo acertada que debiera, ni todo lo eficaz que se pudiera haberse esperado.

Hablando con los periodistas, en una de sus regulares conferencias de Prensa, Mr. Dulles respondió con candor y sinceridad a una pregunta relacionada con la creación de esta nueva comisión de estudio y con la posibilidad de que hubiese influido en ello la carta que habían enviado al Presidente, el pasado agosto, ocho miembros de la Comisión de Asuntos Exteriores del Senado y en la cual decía que había sido excesiva la importancia que se había dado a la ayuda militar, en relación con la ayuda económica. Mr. Dulles declaró que, ciertamente, el nombramiento de esa comisión era en parte la respuesta a la iniciativa senatorial aludida—con la cual habían estado conformes dos importantes figuras del partido republicano, muy conservadoras ambas, Miley y Smith, ya retiradas, pero quienes no firmaron por ver en ella un acusado matiz crítico—y, a su propia manera, la forma que Mr. Dulles tenía de ver las cosas, puesto que dijo «queda poco margen para la duda en el hecho, considerado como una proposición en abstracto, de que es demasiado lo que por el mundo se está gastando en ayuda militar y no es suficiente lo que se gasta en ayuda económica».

La crítica que se había hecho en aquella carta era, en ocasiones, muy dura. Pero tiene hoy una importancia especial, no sólo por el nombramiento

de esa comisión, que puede ser útil o no, pero que es en cualquier caso significativa, sino porque la influencia de los senadores que la firmaron ha crecido fenomenalmente desde entonces y pudiera considerarse hoy como la tendencia dominante en el Senado. En aquella carta se fijaban unos cuantos puntos básicos para proceder a la crítica que merecía el mucho hincapié que los Estados Unidos hacían en la ayuda militar. Puntos como estos:

«Ha servido (esta ayuda militar) para envolver a los Estados Unidos en situaciones en las que nuestra ayuda puede haber contribuído al mantenimiento en el Poder de regímenes que no han contado con un amplio apoyo (popular).»

«Ha distraído la atención y la energía, y quizá también la ayuda económica, de problemas más apremiantes.»

Ha tendido a «crear y perpetuar jerarquías militares que... pueden poner en peligro los mismos valores de libertad individual que queremos salvar».

Se ven los Estados Unidos sometidos a presiones, acuciados por circunstancias en las que apenas se podía soñar en 1952, cuando el general Eisenhower fué elegido Presidente de la nación y el partido republicano se disponía a gozar de un largo, próspero, estimulador período de gobierno, nada que se quedase corto, en el peor de los casos, en relación con el último mandato que el censo electoral había concedido al partido demócrata, de veinte años de duración. Por circunstancias como la presencia de la ayuda soviética a varios países asiáticos y que está tratando de ampliarse, de llegar incluso a la América Hispana, donde el ambiente ya no es completamente hostil, o como un malestar creciente en los propios Estados Unidos por el uso que se ha venido haciendo de la mucha autoridad concedida al partido republicano para el gobierno de la nación, y, naturalmente, para la dirección también de su política exterior.

Hace poco, a fines del pasado noviembre, el Presidente Eisenhower se fué a Seattle, en el otro extremo de la nación, a orillas del Pacífico y a un paso nada más del Canadá, para hablar ante una conferencia de delegados que representaban a millones de asiáticos, de las nuevas preocupaciones e inquietudes de los Estados Unidos. Mientras el hambre y la desesperación, dijo, atosiguen a millones de gentes, «la paz y la libertad estarán en peligro por todo el mundo. Porque dondequiera que los hombres libres pierdan la esperanza en el progreso, la libertad se verá debilitada y habrán sido sembradas las semillas del conflicto. Al laborar conjuntamente para crear esperanzas en el progreso alzamos barreras contra la tiranía y contra la guerra que es alimentada por la tiranía».

Con mayor precisión que en otras ocasiones en las que se ha venido aludiendo a una cuestión de vital interés, por tenerse el convencimiento de que se están produciendo cambios en la política exterior de los Estados Unidos, el Presidente Eisenhower bosquejó, entonces, cinco principios que calificó como fundamentales:

1. Expansión del comercio internacional.
2. Mantenimiento del programa de ayuda técnica.
3. Fomento de las inversiones en el extranjero de capital privado norteamericano.
4. Ampliación de la corriente de empréstitos bancarios por medio de organizaciones internacionales como el Banco Mundial.
5. Ampliación del Fondo de Empréstitos de Desarrollo de los Estados Unidos, que hace posible que los préstamos concedidos a otros países sean pagaderos en divisas nacionales, no en dólares.

La «estrategia de la coacción».

Hay, sin duda, cambios en perspectiva en la política exterior norteamericana. Uno de ellos es el nuevo hincapié en la ayuda económica. En el año fiscal en curso—termina el 30 de junio próximo—se dispone de dólares 3.700.000.000 para la ayuda al exterior. De ellos 2.200.000.000 se destinan a la ayuda puramente militar y otros 800.000.000 de dólares a lo que califica como «apoyo para la defensa», dejando sólo unos 700.000.000 de dólares para la ayuda económica.

No se sabe con lo que se contará para continuar este programa en el año fiscal próximo. Depende del Congreso, cada día más reacio—por culpa en parte del partido republicano, que hizo una intensa y, a veces, apasionada campaña contra el programa de ayuda al exterior iniciado y sacado adelante por los demócratas—a la concesión de cantidades enormes para estas cosas, cuando el país se encuentra ante la necesidad de aumentar mucho sus propios gastos de defensa, a los que este año se dedican 40.800.000.000 de dólares y con un déficit presupuestario en perspectiva de 12.000.000 de dólares. Se quiere, en cualquier caso, iniciar una «cruzada pacífica»—Eisenhower tiene una predilección especial por la palabra «cruzada»; su libro lleva el título de *Cruzada en Europa*; su campaña presidencial fué una «cruzada» contra el partido demócrata; hace poco habló con insistencia de una «cruzada» contra los derrochadores de los fondos públicos, y esta palabra le salta a los labios en todo momento y ocasión—que cree por el mundo unas condiciones

ideales para resistir las presiones y las tensiones del comunismo. Al frente de ella se encontrará C. Douglas Dillon, quien antes de ser subsecretario de Estado para Asuntos Económicos, fué embajador y, más atrás todavía, perteneció a uno de los grandes Bancos de inversión de Wall Street. Mr Dillon habló ya de un fondo de desarrollo con 1.000.000.000 de dólares, de grandes aumentos en las aportaciones norteamericanas al Banco Mundial y al Fondo Monetario y de otras medidas encaminadas a dejar bien sentado un argumento fundamental. «La cuestión económica más importante a que han de hacer frente los Estados Unidos—dijo en un reciente discurso—está en si los países menos desarrollados han de elegir, en su lucha contra la miseria, el sistema comunista o el sistema occidental. La decisión dependerá en gran parte de lo que hagan los países industrializados del Occidente por ayudar a los países menos desarrollados a lograr una marcha normal del desarrollo económico».

No va a ser una tarea especialmente fácil. Sobre todo para Mr. Dulles, que ha demostrado una facilidad extraordinaria para caer en situaciones comprometidas y quien en los dos próximos años puede estar seguro de tropezar con una actitud mucho más crítica—y mucho más hostil también—en la Comisión de Asuntos Exteriores del Senado. Mr. Dulles tiene, en todo momento, la preocupación del comunismo y le cuesta trabajo comprender cómo no la tienen también los demás o no la tienen en la misma forma en que él mismo la experimenta. Es una preocupación que ha levantado dificultades inmensas en el camino de las buenas relaciones con Inglaterra, con Francia, con la misma Alemania Occidental, sobre todo, cuando se trató de la necesidad de acabar o modificar las restricciones que pesaban sobre la mayor parte de los artículos de comercio que podían ser exportados a los países comunistas. Para acabar en cosas tan absurdas como el contrato negociado recientemente por una enorme empresa de productos químicos de los Estados Unidos, la *Dow Chemical Company*, para la compra anual a la Unión Soviética de 27.000.000 de galones (el galón tiene algo menos de cuatro litros) de benceno, por un valor de 13.500.000 dólares, en 1959 y en 1960. A pesar de que hay en los Estados Unidos todo el benceno que se quiera. (Se trata de un compuesto químico básico para la producción de fenol y estireno que se puede obtener del alquitrán del carbón, de la fabricación de coque o del petróleo.) Pero una cosa es el comercio y otra muy distinta el espíritu que debe regir las relaciones entre lo pueblos, aun cuando a menudo se agrupan en sistemas económicos tan contradictorios entre sí, que han hecho posible que nuevamente Mr. Dulles acuñe frases llamativas, como hizo en el discurso que pronunció ante la Cámara de Comercio de Seattle, du-

rante la conferencia que motivó el viaje del Presidente a la costa del Pacífico, sistemas de desarrollo económico que han culminado, dijo Dulles, en la «estrategia del consentimiento» y la «estrategia de la coacción».

La costa del Pacífico es un buen sitio para hablar de la inmensa China, el desventurado país que sigue hoy, con empeño, una «estrategia de la coacción» para crear un «vasto Estado esclavo» y barrer por completo los últimos vestigios de la cultura y los valores tradicionales chinos. Dijo Dulles entonces:

«El resultado inevitable del desarrollo de la economía por la coacción es la trituración de los millones de espíritus libres y su esperanza por alcanzar una vida genuinamente más rica. El producto derivado importante de la estrategia del consentimiento es la dignidad humana y una mayor libertad política y oportunidad para el desarrollo individual en una sociedad libre.»

Acaso la mayor tragedia con que se ha podido asociar el nombre de Dulles, de un hombre que ha visto con claridad, pero no ha sabido tratar con tacto, es el surgimiento en China de algo tremendo, fantástico, sorprendente. De algo que promete ser un motivo de mucho más seria preocupación en el futuro que en el pasado, y hacia la cual habrá necesariamente de orientarse más y más la política exterior norteamericana.

Por culpa de China se llevó al descrédito y, en definitiva, a la derrota la política exterior desarrollada por el partido demócrata en los días de Marshall y Acheson en el Departamento de Estado, en los días en que una situación increíble hacía posible que el comunismo ganase victorias sensacionales con las armas y los abastecimientos que, procedentes de los Estados Unidos, iban dejando atrás las fuerzas nacionalistas. Empezaba a preocupar aquello en los Estados Unidos, en particular por la costa del Pacífico; pero Acheson, con la aristocrática actitud despreciativa del hombre que se sabe superior ante la mediocridad, recomendaba que se esperase a que el polvo levantado por la lucha de la guerra civil se fuese asentando.

Se ha asentado el polvo definitivamente y lo que ahora se puede ver es algo que asusta más bien que impresiona, son miles de «altos hornos» de «artesanía» con los cuales se quiere dejar atrás en pocos años la producción de acero de Inglaterra y es la transformación de toda la población china en comunidades colectivas en las que los hombres viven separados de las mujeres, aun cuando las mujeres puedan ser sus esposas, y los padres de los hijos, vastas, fantásticas colmenas con veinte mil, cincuenta mil y más personas viviendo en inmensos barracones, cada uno a la vista, en todo momento, de los demás. Napoleón había pedido que se dejase a China dormir, porque «cuando se despierte, el mundo lo lamentará». Pero de momento la

cuestión de China, que llegó a convertirse en un grave problema político en los Estados Unidos, no despierta especial interés y, en cualquier caso, en las elecciones últimas triunfó el partido demócrata, el de Acheson, que recomendaba esperar. El partido republicano era, acuciado por Knowland y otros, el impaciente, el que no quería esperar a que el polvo se asentase, para que ahora, todo hace pensar en que Dulles, al querer concentrar tanta atención sobre lo que en China puede estar sucediendo, esté predicando en el desierto. No hay cómo hacerse impopular para perder la razón incluso en los momentos en que se tiene hasta la exageración.

Nuevo aislacionismo.

Dulles tiene muchos, tremendos motivos de preocupación al iniciarse un período de dos años destinado a quedar calcado con huellas profundas en la crónica de los acontecimientos, por razón del papel, necesariamente abultado, que en ellos han de jugar los Estados Unidos. A pesar de los grandes esfuerzos que ha venido realizando no le ha sido posible ver aceptada una sola de las fórmulas de avenencia y colaboración con el bloque comunista, única manera de que aflojasen las tensiones y se aliviase un poco la agobiadora carga de los armamentos que abruman las espaldas de la humanidad. Desde hace meses se ha estado haciendo un último esfuerzo por llegar a un acuerdo que hiciese posible la suspensión de las pruebas nucleares, que van gradual y fatalmente envenenando el aire que respiramos, y por encontrar la manera de evitar los ataques por sorpresa. A lo más a que se ha podido llegar, a manera de resultados, es a dejar entreabierta la puerta para seguir negociando, como se ha venido haciendo, primero en Ginebra, después en Varsovia, desde 1954, con mayor o menor constancia y ánimo, entre las representaciones diplomáticas de dos potencias que no han pasado todavía por el acto del reconocimiento diplomático, los Estados Unidos y China.

Pero Dulles se ha encontrado, sin embargo, con un pequeño motivo de satisfacción. Alguna que otra vez el comunismo juega una baza que le favorece y al provocar de nuevo, al cabo de diez años, la crisis de Berlín, el comunismo se ha encontrado con que Dulles recibió un apoyo casi general en su país. El Kremlin estaba seguro de que el partido demócrata, victorioso hacía poco de manera tan rotunda, se volcaría sobre Dulles para zaherirlo y denigrarlo por no saber defender honrosamente la posición norteamericana en Berlín. Pero no. El partido demócrata está más resueltamente en apoyo de Dulles, en este caso, que el propio partido republicano, que ha perdido mu-

cha voz y ya no se le oye fácilmente. El senador Green, presidente de la Comisión de Asuntos Exteriores, uno de los más firmes críticos de Dulles, el mismo que firmó con otros la carta ya mencionada y quien no desperdició ocasión al censurar la política gubernamental hacia el área de Formosa, por tener el convencimiento de que podía arrastar al mundo a la guerra, se apresuró a decir, con gesto duro, que Kruschew «había calibrado mal el ánimo de los Estados Unidos» si esperaba poder obligar a los aliados occidentales al abandono de Berlín. Algo parecido declaró el vicepresidente Nixon durante una reciente visita a Londres, al advertir que la crisis de Berlín encontraba a la nación norteamericana reñida, no dividida.

Pero Dulles no podía salir bien del todo. Sería ir contra la propia naturaleza de un ser extraño, que necesita complicar las cosas más sencillas, poner a prueba hasta las lealtades más incondicionales. Mr. Dulles, artífice de expresiones famosas destinadas a consolidar y endurecer la actitud frente al comunismo, desaprovechó la gran ocasión de ser formidablemente intransigente cuando se le presentó de improvisto. En vez de ser consecuente y mantener una posición de inquebrantable firmeza, pronto insinuó la posibilidad de que sobre Berlín, sobre la propuesta «ciudad libre» que los rusos habían sugerido para arrojar de allí las representaciones militares occidentales, se celebrasen negociaciones, y no con los rusos precisamente, sino con los comunistas alemanes, aun cuando considerándolos siempre como «agentes» de Moscú. Fué una actitud que produja asombro en su propio país y consternación en la Alemania Occidental.

Mister Dulles acababa de hacer un poco menos comprensible, para muchos aliados de los Estados Unidos, la política exterior que formula y mantiene desde hace seis años y que está entrando en un período sumamente crítico, y un poco más fácil la tarea de los que vienen trabajando, sin mucho éxito, es verdad, por el resurgimiento del aislacionismo, de un nuevo aislacionismo amparado por los proyectiles balísticos intercontinentales.

En los próximos debates sobre ayuda norteamericana al exterior, sobre política militar, sobre la manera de poner un coto a los gastos gubernamentales, de nuevo en la fase de la expansión acelerada, se volverá a hablar de estas cosas. Con la ayuda de la emoción con que algunos países se han enterado de que los Estados Unidos van reduciendo los efectivos humanos de sus propias fuerzas armadas y quieren descansar, en buena medida, en los ejércitos de los países amigos y aliados. Hace poco, el secretario de Defensa, Neil McElroy, que no siempre ve las cosas como el Departamento de Estado, aun cuando en este caso se había conferenciado sobre el particular, bosquejó la estrategia militar norteamericana en escala «global», resumida así:

Incremento de las fuerzas de tierra aliadas en todo el mundo, puesto que estas fuerzas están mejor capacitadas que las norteamericanas para hacer frente instantáneamente a los «tanteos» comunistas.

Reducción del potencial humano militar de los Estados Unidos, haciendo hincapié en la calidad de las fuerzas restantes y realzando el papel de la Marina para mantener abiertas las rutas del mar, en el caso de ser necesaria la movilización rápida de la Infantería de Marina.

Examinar de nuevo la necesidad de proyectiles balísticos intermedios en la cantidad proyectada originalmente, con miras al rápido desarrollo de los proyectiles balísticos intercontinentales y la vulnerabilidad de las bases próximas a la Unión Soviética.

La necesidad de las bases, de crear un formidable cinturón defensivo en torno a las fronteras del mundo comunista, hizo necesaria una política de activa, sistemática y costosa colaboración de los Estados Unidos con el resto del mundo no comunista; el desarrollo de los proyectiles balísticos intercontinentales con un radio de acción que puede rebasar los 10.000 kilómetros, hace gradualmente anticuada o mucho menos necesaria, en cualquier caso, una cadena semejante de bases y da pie a un estado de opinión que viene considerando conveniente, desde hace tiempo, la reducción de los gastos norteamericanos más allá de sus fronteras. El aislamiento ha tenido siempre su mejor refugio en el partido republicano. Al verse el partido republicano reducido, después de las elecciones últimas, a posiciones franca y abrumadoramente minoritarias, pudiera encontrar en una idea antigua los argumentos que le diesen alguna nueva popularidad. El aislacionismo en sí está completamente pasado de moda en los Estados Unidos; pero no la idea de reducir mucho o terminar por completo la carga que representa la ayuda al exterior, que ha sido uno de los pilares esenciales de la política exterior de los Estados Unidos. Y, es curioso, el partido demócrata, que ha iniciado y sostenido los programas de ayuda, se está volviendo contra ellos desde hace años, desde que el partido republicano obtuvo muchos votos con la promesa de acabar con lo que se calificó como la derrochadora política del *give away*, de esa manera de regalar dinero a los demás. Las cosas de la vida son así de paradójicas.

JAI ME MENENDEZ.

II
NOTAS

